

## La leyenda rosa en el laberinto de Octavio Paz \*

JUAN CARLOS PIÑEYRO  
Universidad de Uppsala

Mientras la población de Europa occidental era de unos 60 millones de habitantes, la de todo el territorio americano habría alcanzado los 80 millones a la llegada de los europeos hacia finales del siglo XV. De estos 80 millones, unos 65 habitaban la región que hoy denominamos *Latinoamérica y el Caribe*. Pero hacia mediados del siglo XVII, el 90 por ciento de los indígenas había desaparecido, esto es, unos 60 millones (Salmoral 1992:378-9). A la par que la población autóctona sucumbía como consecuencia de la expansión europea llegaban al puerto de Sevilla “185 mil kilos de oro y 16 millones de kilos de plata”. Sólo la plata transportada a España “excedía tres veces el total de las reservas europeas” (Galeano 1993:34).

Por lo dolorosa y cruel que ha sido la realidad que traslucen estos datos, se la ha tratado de atenuar y justificar de diversas maneras. La llamada *leyenda rosa* ha sido una de ellas.

### *La leyenda rosa*

La leyenda rosa —contracara de la leyenda negra— ha sido el fundamento de la versión oficial del llamado descubrimiento y conquista de América. Los puntos esenciales de esta leyenda fueron resumidos y formulados por el historiador y erudito Ramón Menéndez Pidal (1973:255-69) durante los primeros años del régimen de Franco, y más tarde retomados por Julián Marías (2002:171-79) en la España posfranquista. Menéndez Pidal intenta desacreditar las denuncias del fraile Bartolomé de las Casas,

---

\* Este artículo tiene su origen en unas páginas de *Hispanoamérica desde la alteridad* (Piñeyro 2006:87-90).

sostiene que los indígenas eran holgazanes, antropófagos y bárbaros, y hasta llega a defender la codicia y ambición de los hispanos.

Si bien Marías no llega a tanto, ambos intelectuales presentan a los conquistadores como protagonistas de hazañas sin precedentes en la historia de la humanidad. Para el filósofo español, la invasión y ocupación del llamado “Nuevo Mundo” está relacionada con la ola renacentista que se expandía por la Península Ibérica. Esta versión cuenta que los conquistadores no eran aventureros ignorantes y brutales sino que los guiaba un espíritu altruista y el afán de protagonizar grandes hazañas. No tenían otro deseo que el de cristianizar a los pueblos bárbaros con el propósito de integrarlos a la Civilización. Y esto fue tarea realizada por unos pocos con una eficacia increíble y a costa de enormes sacrificios. En esta exégesis, los conquistadores son verdaderos titanes que inauguran la Edad Moderna de la civilización occidental.

Es una explicación de la ocupación de los territorios americanos que además ignora la resistencia sostenida por los pueblos indígenas a través de los siglos. Una versión que ha justificado, en nombre del cristianismo al principio y del liberalismo más tarde, el saqueo de riquezas. Y lo más importante: ha negado o velado las guerras de exterminio y el posterior etnocidio padecido por los pueblos autóctonos de América. Toda voz que señale —como lo hizo las Casas— los crímenes cometidos por los invasores ha sido descalificada como aliada de los enemigos de España, y definida como parte de la leyenda negra.

La leyenda rosa ha tenido diferentes variantes con el correr de los años, pero todas han favorecido la supervivencia del discurso histórico difundido por las potencias colonialistas europeas que llegaron a controlar hacia las primeras décadas del siglo XX el 85 por ciento de los territorios de todo el planeta (Said 1997:114). Así, en diversas obras didácticas aparecen justificadas o atenuadas las consecuencias que tuvieron para la población autóctona de Hispanoamérica las guerras de conquista y la imposición de una nueva cultura y un nuevo orden social. Resonancias de ese discurso se encuentran en manuales sobre América Latina editados en España (Quesada 2001; Vázquez & Díaz 2000) y en ensayos históricos en los que se plantea el tema de la “conquista” o de la “colonización” (Ramos 1998; García de Cortázar 2002). Pero

también en una obra inesperada, como *El laberinto de la soledad* ([1950] 1995), en cuyas páginas también se defiende que las “hazañas ultramarinas” de los españoles fueron parte del movimiento histórico renacentista (Paz 1995:238).

### *La paz del laberinto*

Octavio Paz (1914-1998), excelente poeta laureado con el Premio Nobel en 1990, fue también un magnífico ensayista. *El laberinto de la soledad* no solo se considera fundamental para comprender la singularidad del pueblo mexicano sino que es presentado en la edición crítica preparada por el profesor Enrico Mario Santí, de la Georgetown University, como “una de las piezas claves de la literatura moderna” (*apud* Paz 1995:13). De ahí que, para quienes admiran al intelectual mexicano, puede ser un desencanto encontrar reverberaciones del discurso del colonizador en una de sus obras más difundidas.

La reflexión que se presenta a continuación se limita al análisis de algunos pasajes del quinto capítulo de *El laberinto de la soledad* (“Conquista y Colonia”). No es intención rebajar el valor literario ni la significación de esta obra. El propósito de estas páginas es otro: mostrar que la interpretación de Paz de lo que fue la llamada conquista y colonización se sitúa más cerca de la perspectiva del colonizador que de la del colonizado. Porque es en ese ensayo donde la resonancia de la leyenda rosa cobra mayor sonoridad. Esto puede sonar paradójico, especialmente para aquellos que han identificado en los escritos del mexicano una voz independiente, defensora de ideales libertarios. Sin embargo, el análisis presente, centrado en la intencionalidad textual, muestra claros indicios de que Paz toma partido por los nuevos dominadores sin que por ello reniegue de la herencia indígena.

### *El suicidio del pueblo azteca*

Según “Conquista y Colonia”, toda la sociedad azteca parecía preparada para la dominación española, y nada la hubiera destruido si ese imperio poderoso no hubiera sentido “un desfallecimiento, una duda íntima que lo hizo vacilar y ceder” (Paz 1995:232-3). No fue la traición de Hernán Cortés a quienes lo recibieron con grandes

hombres, ni las armas de fuego ni los caballos ni las epidemias de viruela y sarampión lo que diezmo a la población autóctona. Tampoco las masacres indiscriminadas que realizaron los españoles y sus aliados indígenas, unos para apoderarse de las riquezas de Moctezuma II, los otros para vengarse de sus opresores. No, nada de eso. Un “desfallecimiento” y una “duda íntima” fue lo que selló el fin de los aztecas.

El ensayo de Paz pone énfasis en señalar que se olvida con frecuencia la circunstancia *más* significativa cuando se habla de la conquista de México: el *suicidio* de los mexicas: “Una parte del pueblo azteca desfallece y busca al invasor. La otra, sin esperanza de salvación, traicionada por todos, escoge la muerte” (*ibidem* 235). Es una interpretación original pero poco convincente, porque olvida la resistencia de la ciudad de Tenochtitlan, la que fue tomada después de un largo sitio y bajo el tronar de cañones, pero nunca antes de que 200.000 tenochtitlanos cayeran víctimas de la viruela, y no de un suicidio colectivo (Salmoral 1992:381).

En otras palabras, en este ensayo no se tienen en cuenta algunos elementos relevantes, y por ello el texto sugiere que la responsabilidad por la destrucción de la ciudad que había maravillado a los españoles es de las propias víctimas, las que no habrían sabido tomar las decisiones adecuadas en el momento preciso. De este modo se sugiere que si los aztecas no hubieran sentido ese desfallecimiento, si no hubiesen vacilado y cedido quizás hubieran triunfado sobre los invasores. Esta interpretación tiene el efecto de atenuar el significado nefasto del arrasamiento de la cultura de los vencidos. La idea de la “duda íntima” se complementa con la de que parte del pueblo mexica eligió el suicidio. Entonces, si esa cultura desapareció no es responsabilidad de los invasores. Es en otro ensayo de 1978 recogido en *Tiempo nublado* (1985) en el que Paz emplea el concepto de “exterminio” pero solo para referirse a la elite dirigente: “Los españoles exterminaron a las clases dirigentes de Mesoamérica, especialmente a la casta sacerdotal, es decir a la memoria y al entendimiento de los vencidos”. Los que sobrevivieron a las matanzas, a las epidemias y al trabajo forzado fueron “absorbidos” por el orden colonial (Paz 1985:145). Pero tampoco allí se señala que los “absorbidos” fueron reduciéndose drásticamente llegando a ser solamente un diez por ciento de la población total.

*Un orden colonial abierto y armónico*

Según “Conquista y Colonia”, la sociedad colonial fundada por Cortés no fue una sociedad cerrada sino que, por el contrario, fue un orden que abrió “sus puertas a la participación de los dominados” (Paz 1995:241). Al igual que en los textos de historiadores españoles, el de Paz destaca la eficacia del imperio español y define la sociedad fundada sobre las ruinas de Tenochtitlan como “regida conforme a principios jurídicos, económicos y religiosos plenamente coherentes entre sí y que establecían una relación viva y armónica entre las partes y el todo” (*ibidem*). Como puede apreciarse en la cita, la descripción de la sociedad colonial está cargada de juicios positivos: era una sociedad *abierta*, regida por principios *plenamente coherentes* que aseguraban la *armonía* “entre las partes y el todo”.

Pero, ¿puede describirse así una sociedad de castas, donde lo que determinaba el lugar de cada uno era el origen étnico, el matiz del color de la piel, el lugar de nacimiento y la fortuna que poseían los súbditos? En realidad, cualquier sociedad podría definirse en estos términos. Pero entonces se presenta una imagen distorsionada, a menos que se indiquen los fundamentos en los que se realiza esa armonía. En el caso de la Colonia se sabe muy bien que estaba basada en la explotación brutal de los vencidos, en el racismo y la esclavitud, una sociedad en cuyo seno

podía tratarse al indio igual que a una res y marcarlo en el rostro como parte del ganado de su dueño: si huía a las montañas para defenderse de la marca infamante o de la esclavitud, era señal de su barbarie y de su naturaleza salvaje; si se defendía, era una confirmación de sus instintos sanguinarios.

Montemayor 1998:126

El texto de Paz poco manifiesta de ello, y cuando lo hace defiende las colonias hispanas en desmedro de las sajonas, las que “despiadadamente” negaron a los nativos la pertenencia a un orden vivo. Por el contrario,

Nueva España conoció muchos horrores, pero por lo menos ignoró el más grave de todos: negarle un sitio, así fuere el último en la escala social, a los hombres que la componían. Había clases, castas, esclavos, pero no había parias, gente sin condición social determinada o sin estado jurídico, moral o religioso.

Paz 1995:243

Pero si no había parias era porque se los aniquilaba: de ahí que el texto vele la atrocidad de esos “principios plenamente coherentes” y el cataclismo que significó para la cultura de los pueblos del Valle de México el establecimiento de ese “orden armónico” fundado por Cortés.

### *La negación del genocidio*

A partir de la visión que ofrece el ensayo de la sociedad colonial, es coherente que se justifique la función que desempeñó la Iglesia católica. Y aunque en el texto se señale que hubo “abusos” por parte de los colonizadores, se rescata la tarea evangelizadora que cumplieron los misioneros en relación con la llamada integración de los indígenas al orden impuesto por los invasores:

Gracias a la religión el orden colonial no es una mera superposición de nuevas formas históricas, sino un organismo viviente. Con la llave del bautismo el catolicismo abre las puertas de la sociedad y la convierte en un orden universal, abierto a todos los pobladores

*ibidem* 242

Es de nuevo una descripción positiva de la tarea cumplida por la Iglesia y los misioneros, quienes a través del sacramento cristiano habrían incorporado al habitante autóctono a la civilización occidental. Por otro lado, Paz emplea una explicación contundente contra los que han denunciado el genocidio de los pueblos indígenas: “Es cierto que los españoles no exterminaron a los indios porque necesitaban la mano de obra nativa para el cultivo de los enormes feudos y la explotación minera. Los indios eran bienes que no convenía malgastar” (*ibidem*). Este argumento parece irrefutable: no pudo haber intención de aniquilar a los indígenas porque no le podemos cortar la mano a quien nos da de comer. Y si no hubo intención, el genocidio es un mito.

En el ensayo tampoco se pone en duda las consecuencias negativas de la tarea evangelizadora. Al contrario, se sugiere que si no hubiera sido por la Iglesia “el destino de los indios habría sido muy diverso”. Y se insiste en describir en términos positivos el papel de los eclesiásticos, quienes habrían emprendido una lucha “para dulcificar” las condiciones de vida de los indios “y organizarlos de manera más justa y

cristiana”. Así, según el texto, la religión católica fue beneficiosa para los indígenas, quienes mediante el nuevo credo obtuvieron la posibilidad de formar parte del orden impuesto por los hispanos: “Por la fe católica los indios, en situación de orfandad, rotos los lazos con sus antiguas culturas, muertos sus dioses tanto como sus ciudades, encuentran un lugar en el mundo” (*ibidem* 242-3).

Los indígenas son presentados como si no tuvieran voluntad propia, como chiquillos huérfanos y necesitados de amparo. Y es la Institución que violó sus derechos fundamentales y destruyó su cultura, la que habría de auxiliarlos, la que les daría refugio. Pero, además, ¿qué pasó con los indígenas que no aceptaron esa llave prodigiosa y se negaron a recibir los sacramentos cristianos? El ensayo se guarda de explicar que a ellos les esperaba el acero de las espadas, el garrote vil o la hoguera, como al cacique taíno Hatuey de La Española o al Inca Atahualpa. Tampoco se explica que para los que no aceptaban el orden impuesto, los invasores tenían el Requerimiento, un documento jurídico que los libraba de toda culpa ya que legitimaba la guerra de exterminio y la esclavitud de los rebeldes.

### *El etnocidio*

Durante la Colonia, pocos indígenas gozaron de la compasión de los cristianos. Las órdenes misioneras fueron poco o nada caritativas con las poblaciones autóctonas: cobraban tributo por cada servicio litúrgico que prestaban, desde las misas a los bautismos, y por todos y cada uno de los sacramentos, los que tenían un precio que había que pagar al contado o en especies.

Las formas de producción y el estilo de vida europeo fueron impuestos sistemáticamente sobre los pueblos dominados. Los frailes misioneros predicaban el evangelio, pero también funcionaban como guardianes de los principios que regían la sociedad de castas establecida por las autoridades peninsulares. Se recorrían aldeas y comunidades indias “extirpando idolatrías”, imponiendo y bendiciendo el orden colonial. Así se convirtieron en custodios celosos de los dogmas de la Contrarreforma y, al mismo tiempo, en responsables directos del arrasamiento de las culturas autócto-

nas, ya que en las formas de comportamiento de los indígenas hallaban superstición y barbarie. La consecuencia fue un etnocidio que continuó durante siglos.

Hoy en día pocos ponen en duda que ocurrió uno de los más grandes descensos demográficos de la historia de la humanidad como consecuencia de la invasión europea y la posterior ocupación de los territorios conquistados en las guerras de exterminio: un acontecimiento del que poco se habla y menos se escribe. Quizás porque se razone como Álvaro Mutis (2002) —celebrado escritor colombiano—, y se piense que:

Insistir en esta cantilena es mostrar una inmadurez histórica alarmante. La historia del hombre sobre la tierra está constituida por una cadena ininterrumpida de genocidios implacables. Volver a ellos y lamentar el desastre que produjeron es tan necio como estéril.

Pero es muy difícil aceptar que fuera necio mantener vivo el recuerdo del holocausto de los judíos y de los romaníes a manos de los nazis. O que sea estéril recordar a las nuevas generaciones las consecuencias de la política imperialista de las potencias europeas. Nunca puede ser necio o estéril aprender de la historia. Y lo cierto es que cada vez hay más voces “inmaduras” que se vuelven hacia esos “genocidios implacables” pero no para lamentarse sino para mantener viva en la memoria esa verdad terrible que traducen los datos espeluznantes sobre la catástrofe demográfica de los pueblos amerindios, tal como lo hizo sin rodeos Tzvetan Todorov ([1982] 2001:144): “Si alguna vez se ha aplicado con precisión a un caso la palabra genocidio, es a éste”, esto es, al hecho de que desapareciera de la faz de la tierra el 90 por ciento de la población indígena.

Pero a partir de finales del siglo XVII los pueblos amerindios comienzan a recuperarse y crecer. Y en siglo XX, no sólo crecen en número, sino también en conciencia. Las luchas protagonizadas por las naciones indias de América del Sur, América Central y México no cesan de alarmar al poder establecido. Pero, ¿quién los detendrá, ahora que son conscientes del derecho a preservar su lengua, su cultura y sus territorios? Como escribe León-Portilla (2005:189), los amerindios ya no piden concesiones o regalos, sino que “hacen oír su voz expresando demandas que en el fondo se dirigen



a terminar con la exclusión de que han sido víctimas. Saben que, para hacerse dueños de su propio destino, han de confiar en sí mismos”.

#### *A modo de conclusión*

Al leer “Conquista y Colonia”, se comprende que *algunos* representantes de la Corona española y de la Iglesia católica cometieron “abusos”, o que usaron la religión para justificar actos de violencia contra las poblaciones indefensas. Pero en ningún lugar el ensayo de Paz sugiere que la conquista de México se logró mediante guerras de exterminio. O que la incorporación de los antiguos habitantes de Mesoamérica al “orden universal” impuesto por la monarquía española significó el aniquilamiento de sus culturas.

El análisis ha mostrado que el ensayo de Paz se preocupa más que nada por señalar los aspectos positivos de la llamada conquista y colonización y por ello atenúa las consecuencias catastróficas que padecieron los pueblos dominados. De ahí que pueda establecerse una concordancia con la versión que de tales acontecimientos suele presentar el discurso de las potencias colonialistas. En este sentido el texto analizado recrea y prestigia la leyenda rosa con la firma del magnífico ensayista y poeta que fue el intelectual mexicano.

#### *Postdata*

Hace medio siglo que Paz escribió “Conquista y Colonia”. Dentro de 50 años —si el proyecto de la Casa Blanca se cumpliera, y el ejército más poderoso del planeta termina arrasando con sus misiles de “bajo costo colateral” y “bombas humanitarias” aún más ciudades y mezquitas en el paisaje de *Las Mil y Una Noches* —, los intelectuales liberales (retoños de un Václav Havel o un M. Vargas Llosa) no usarán tampoco el concepto de genocidio para definir las masacres y las violaciones de los derechos humanos de las que ya hoy somos testigos, sino que justificarán esta cruzada ‘postmoderna’, y tal vez afirmen que todo esto fue inevitable y necesario para integrar pueblos atrasados a la democracia y al orden universal establecido por EE.UU.

Es deseable que los iraquíes logren expulsar al invasor y no padezcan el destino cruel que arrasó con la cultura de los aztecas y de otros pueblos amerindios; pero si esta catástrofe se consumara es probable que dentro de 50 o de 500 años haya voces también que continúen alzándose para denunciar las consecuencias ominosas de las cruzadas civilizadoras realizadas por Estados que se autoproclaman defensores de una cultura superior.

### *Bibliografía*

- Donghi, Halperin Tulio (1990). *Historia contemporánea de América Latina*. Alianza. Madrid
- Galeano, Eduardo (1993). *Las venas abiertas de América Latina*. Siglo XXI. Madrid.
- García de Cortázar, Fernando (2002) *Historia de España. De Atapuerca al euro*. Planeta. Barcelona.
- León-Portilla, Miguel (2005). *Visión de los vencidos. Relaciones indígenas de la conquista*. 27e. edición. UNAM. México.
- Marías, Julián (2002). *España inteligible. Razón histórica de las Españas* [1985]. 2da. reimpresión. Alianza. Madrid.
- Menéndez Pidal, Ramón (1973). *Mis páginas preferidas*. Temas lingüísticos e históricos. Gredos. Madrid.
- Montemayor, Carlos (1998). *Chiapas, la rebelión indígena de México*. Espasa. Madrid.
- Mutis, Álvaro (2002). “12 de octubre. La celebración imposible”. *El País* 12/10-2002. Madrid.
- Paz, Octavio (1995). *El laberinto de la soledad*. Edición de E. M. Santí. Cátedra. Madrid.
- (1985). *Tiempo nublado*. Editorial Artemisa. México.
- Piñeyro, Juan Carlos (2006) *Hispanoamérica desde la alteridad*. Studentlitteratur. Lund.
- Quesada, Sebastián (2001). *Imágenes de América Latina. Manual de historia y cultura latinoamericanas*. Edelsa. Madrid.

- Ramos, Demetrio (1998). *Genocidio y conquista: viejos mitos que siguen en pie*. Real Academia de la Historia. Madrid.
- Said, Edward W. (1997). *Orientalism*. [traducción del inglés al sueco: Hans O. Sjöström]. Ordfronts förlag. Stockholm [Estocolmo].
- Salmoral, Manuel Lucena et al (1992). *Historia de Iberoamérica. Tomo II. Historia moderna*. Cátedra. Madrid.
- Todorov, Tzvetan [1982] 2001:144. *La Conquista de América. El problema del otro*. Siglo XXI. México.
- Vázquez, Germán & Díaz, Nelson Martínez (2000). *Historia de América Latina*. 2a. edición. SGEL. Madrid.